

La Poesía de Enrique Bustamante y Ballivián.

Meditar sobre la poesía, es la más alta y difícil tarea para el hombre, pero también la que más íntimamente lo purifica en su contacto con el mundo. Se pierde la noción y la medida de lo terreno al ingresar al ámbito de la pura irrealidad, con sus lúcidas exactitudes de astronomía celeste, y también con la nota constante y grave de la angustia del hombre, razón y medida de su existencia.

Hay tiempos de hablar de poesía y tiempos de callar, de meditar en su eterno destino. Es frecuente oír esta pregunta: ¿Són los presentes, tiempos de pensar en la poesía?. ¿No será traicionar los problemas que la humanidad afronta sin pausa, entregarse a divagaciones sobre materias tan frágiles, tan del dominio del cielo? A esta duda podríamos responder con el corazón, que precisamente sobre los despojos de la terrible tragedia que ha azotado el mundo, hoy más que nunca, cabe repetir, como una voz dirigida hacia el espíritu, la antiquísima frase: "Pero la poesía continúa...".

Aún dentro del más profundo pesimismo de las páginas de un Lawrence o de un Joyce, encontramos la zona intocada y mágica, aposento maravilloso donde la poesía sobrevive a todos los cataclismos terrestres. Sobrevive, por-

que la poesía de hoy no es una forma tráfuga de la realidad sino, rotas las torres de marfil, los poetas han hecho su alianza con el aire y con la luz que puebla los campos del mundo. Hemos visto a los poetas morir, alistarse en las filas, esgrimir su canto como una espada ante los dolores de la guerra, primero en España y luego en el tremendo drama de Europa.

Por eso cabe recordar aquí los versos de Manuel Altolaguirre, que reclama el valor permanente del poema, sobre todas las contingencias:

“Entre alaridos se sostiene
su débil rama,
entre escombros de guerra
viva en mi corazón endurecido
como una flor sencilla
entre las piedras del pasado,
está mi voz primera,
la inocente palabra de mis versos.....”.

De años atrás, la figura del poeta peruano Enrique Bustamante y Ballivián tenía un extraño interés para mí. Junto con Eguren, Zulen y Valdelomar, representaba el símbolo de un movimiento donde se reivindicaba el verdadero sentido de la poesía, tan azotada, tan coronada de espinas, tan crucificada por los que no la comprenden. Un noble y depurado concepto del arte, normó la vida de estos espíritus, y en sus huellas podemos encontrar, en la literatura peruana de este siglo, la corriente que con mayor justeza en el ademán, contribuyó a renovar nuestra poesía, antes de la aparición de César Vallejo.

Particularmente, Enrique Bustamante y Ballivián, registró en el curso de su obra, una misma y cambiante como

las aguas de Heráclito, una atenta expresión por lo nuevo y un espíritu siempre joven. El tiempo para él no fué signo de vejez, sino de cambio; y podríamos decir leyendo sus versos, que el tiempo no pasó para él, sino él marchó con el tiempo. Repetir sus poemas significa caminar en plática con la poesía a través de sus transformaciones y reflexionar sobre su destino permanente. Por eso; recordar la aventura humana del poeta, es también, recordar la poesía inmarcesible, eterna y joven.

LA VIDA DEL POETA

Fué el poeta hijo de Don Enrique Bustamante y Salazar y de doña María Ballivián y James vinculado así a familias de Arequipa y de Lima, pero nació en esta última ciudad un 2 de Noviembre del año de 1883. Acababa de concluir la Guerra del Pacífico y desde su suave lecho, el niño mostraba su alegría de vivir, en contraste con el futuro interrogante que se abría ante el Perú. Su padre supo, en todo momento, tener la generosa decisión del político que lo arriesga todo en aras de su idea patriótica, y hay muchos y legendarios testimonios de su arrojo. Ya crecido, su madre diligente y cristiana, lo matriculó en el Colegio de los Jesuitas, en cuyas clásicas aulas transcurrieron algunos años de su niñez, para terminar su instrucción secundaria en el Colegio de Granda, de donde pasó a la Escuela de Ingenieros, en 1902, a cursar el primer año de estudios.

En este resquicio es donde encontramos el primer dato maravilloso de su biografía. Esta pretensión matemática de aspirar a ingeniero, es la anécdota estupenda y absurda, unida a los 19 años del poeta. Allí ya aparece el conflicto de los dos mundos ante su voluntad hesitante: El mundo exacto de las cantidades rígidas y las proporciones reales de la in-

geniería; y el mundo de fulgores inestables, ilógico, arbitrario, de la fantasía poética. Ante esta alternativa, como era propio que ocurriera, Bustamante desdeña las cifras, y cifra su esperanza, en las desesperadas contingencias de una vida lírica, de catador impenitente de la belleza.

Esta liberación de las aulas —revolución espiritual que acentúa su individualidad —se manifiesta en sus primeras letras, donde la melodiosa lengua francesa deja un sello perdurable; y también en sus primeros versos, aquellos escritos casi en forma subrepticia, robándole el tiempo a la responsabilidad, al orden, al trabajo, al sueño, a todo lo respetable.

La decisión de escribir hace presa en su voluntad, e ingresa al periodismo. En él, experimenta el frío y la emoción de escribir lo anónimo, lo que no da gloria, pero se comenta ignoradamente, mientras el escondido autor sonríe enigmático, con sonrisa de un buda flaco, con 18 años, con cigarrillos, media novia, y muchos versos.

Todavía en 1909 —ya vastamente conocido entre los poetas que surgían y los que estruendosamente estaban consagrados —viaja fuera del Perú. Año de grandes proyectos y aventuras, publica con Julio A. Hernández la revista "Contemporáneos", tribuna del pensamiento de una generación elevada y cordial. A medio año resuelve partir hacia La Paz, donde lejanas vinculaciones de familia le tendían una cálida visión. La ruta del altiplano le interesa, y su imaginación se siente ganada por este vigoroso aire de las alturas, tan distinto de la dulce placidez del cielo limeño. El plan de un diario que debió editarse en La Paz lo había llevado hasta estas tierras; no obstante, circunstancias políticas truncan prematuramente la magnífica idea, y el poeta se reintegra a Lima. Traía en su cartera, acabado y palpitante,

su primer libro de versos. Se titulaba románticamente "Jardines" y algunas estrofas aparecían en esos días, dando una nota lírica, en las columnas de "Contemporáneos".

Enamorado reciente y deslumbrado de la poesía, Enrique Bustamante y Ballivián, no da descanso a su pluma. Atraviesa por esos dulces momentos inesperados en que se entrevé la felicidad, y que con tan clara emoción recuerda Proust en "A la Sombra de las Muchachas en Flor". La muchacha en flor es —en estos momentos— la poesía y a ella se dedica y en ella descubre magníficos mirajes y deliciosas ternuras. Surge rápidamente su segunda obra, "Minuetos y Tapices" que, como la anterior, gozó de una callada clausura de libro sin publicar, aunque con tímidas salidas al mundo iluminado, en páginas desperdigadas en los diarios y revistas de la época, "Actualidades", "Gil Blas," etc.

Para sus amigos, para los otros poetas, era hasta esos instantes, Enrique Bustamante figura cabal de caballero bohemio, sin pausa y sin límite, gonfalonero de la amistad y de la charla superior, minoría selecta que paseaba su irónico desdén sin aspereza por las calles limeñas y comentaba con José Ma. Eguren su calidad de *hiperfísico* para distinguirse de los otros poetas. Pero en 1910 publica "Elogios", "Poemas paganos y místicos", de un marmóreo corte parnasiano.

Por este acto de poesía, Enrique Bustamante se incorpora oficialmente al mundo literario. Su intervención en "Contemporáneos", de quien un crítico dijo sencilla pero certeramente, que era una "Revista abierta a todos los credos literarios, transigente con todas las escuelas y enamorada del arte con el supremo amor de lo bello", (1) se encuentra, desde "Elogios", continuada con esta delicada artesanía de los versos. Su devoción por Francia, es también,

(1) "La Prensa", 4 de Abril de 1909.

admiración por sus poetas, simpatía por la dulce forma, por la musicalidad de un Ronsard, por los amplios y brillantes paraísos encantados de la palabra.

Consideraba el poeta que la creación literaria debía despojarse de toda exterioridad. El año de 1911, respondiendo a un profundo e implícito deseo, escribe en "Balnearios" (2) un ensayo sobre las nuevas tendencias de la poesía, bajo el título, "Hacia la belleza y la Armonía". El motivo inmediato era tratar de la obra de José Ma. Eguren, cuya resonancia, tan pura y recatada, admiraba generosamente, por sentirla también suya. Afirma que hay un cambio esencial en el sentido del arte y en el contenido de la crítica. Considera que el Parnasianismo, al que él mismo ha pertenecido, ya se encuentra superado; y reclama mayor atención para con el creador, en su condición humana.

"Para estudiar a un poeta —dice— para llegar hasta la obscura región de fenómeno engendrador de una obra artística, la principal tarea es buscar el alma, encontrarla, y seguir con ella el mismo camino de ensueño...".

Y el camino de ensueño no se pierde para el poeta. Enrique Bustamante publica en 1913 "La Evocadora" y, dos años después, las cristalinas "Arias de Silencio" (1915). La primera de estas obras es definida por Luis Varela y Orbegoso como "resultado de una paciente labor de orfebre" (3). En cuanto a la segunda, tuvo resonancias de la crítica fuera del Perú, con justísima gala.

La vida diaria era cálida para el poeta. La cordial amistad de Julio A. Hernández, José Ma. Eguren, Abraham Valdelomar, Pedro Zulen, Percy Gibson daba a las conversaciones una ática nota de inteligencia y de ironía rampan-

(2) "Balnearios" 22 de Octubre 1911.

(3) Clovis, "La Hora Actual" — "El Comercio".

te. En 1912 el poeta se ausenta por unos meses al Norte del Perú, a Chiclayo, a dirigir un periódico; pero muy pronto regresa a Lima, y quien ha de ausentarse después de una inquieta actividad política en torno a Billinghamurst, es su gran amigo, Abraham Valdelomar, quien de Roma ha de escribirle cartas nostálgicas, donde anota transido: "... pero el recuerdo de la tierra lejana es tan lacerante, se siente uno tan lejos de los suyos, extráñase tanto el cielo, el mar, la tierra, los árboles y hasta las gentes de la tierra...!" (4). Esta inquietud de viajar hace presa nuevamente en su espíritu el año de 1917. Pero sus planes son muy vastos: Resuelve conjuntamente con el gran músico peruano, Daniel Alomías Robles, hacer una gira de acercamiento cultural a los países americanos.

Hay febriles preparativos, proyectos acalorados, despedidas llenas de afecto. El día 4 de Julio de 1917, músico y poeta salen hacia el Norte, en su gran aventura. Sucesivos recitales en Trujillo, Chiclayo, Piura y Guayaquil, nos indican el derrotero de su viaje. En tierras ecuatorianas, a donde llegan en Setiembre de ese año, tienen un rotundo éxito. De Guayaquil pasan a Quito, permaneciendo hasta Noviembre, época en la que parten a Panamá que visitan días después. De allí van a Cuba, en cuya capital, esta lírica sociedad ha de disolverse. Alomía Robles se dirigirá a Estados Unidos, mientras Enrique Bustamante sentirá enraizarse en el mundo periodístico de la Habana. Son los albores de 1918.

Apenas había transcurrido un semestre de su nueva vida, cuando un hecho literario unió más aún al poeta a la bella ciudad. El diario "Cuba" organizó en Agosto de ese año

(4) Carta inédita de A. V., fechada en Roma, Enero 14 de 1914.

un concurso poético. Entre los muchos concurrentes figuraba el autor de "Elogios". Llega el día de la espectación y el poeta peruano obtiene una triple victoria con sus composiciones "El Imperio de Don Gonzalo", "La Ruta" y el "Coloquio de las Cumbres". Victoria que compensa la nostalgia de la patria lejana y que es generosamente coreada por sus compañeros de labor. Son días de actividad y de confrontación con las nuevas realidades. Escribe para Cuba y desde Cuba. "El Comercio" de Lima publica durante el año de 1918 sus amenas crónicas "Del momento errante" y aquellas otras que titula genéricamente, "Crónicas de la Habana".

En "El Triunfo" y en "La Noche" su colaboración es constante, no sólo literaria sino múltiple y cuando llega el momento, su pluma está pronta para abogar por el Perú y defenderlo ante la opinión internacional. Su labor es estimada como debía de serlo, y en Abril de 1919 recibe la grata noticia de su nombramiento como Secretario de la Legación del Perú en Bolivia. Rápido regreso hacia la tierra querida, breve tránsito, y feliz vuelta sobre los pasos de su primer viaje a La Paz, allá en los años de su adolescencia poética.

La tierra boliviana recibe cordialmente a quien los lazos de la sangre imponían antecedentes de natural amistad. Viaja con el poeta, compañera comprensiva y amable, su hermana Cristina. En Bolivia alterna sus obligaciones de Encargado de Negocios, con las insustituibles charlas con el mundo intelectual y artístico del altiplano. Su perfil, como lo había sido en La Habana y como lo fué después en Río de Janeiro o en Montevideo, se confunde con el espíritu de la ciudad. Surge su nuevo libro "Autóctonas" en 1920, en estas claras alturas, en estas sierras tónicas y llenas de paisaje campestre. Pero finalizando el año, recibe la noticia de su traslado a Río de Janeiro, y ya con pasaporte de viajero impenitente, cierra sus maletas, con el último cromo del

altiplano en las retinas y con el último verso ríspido brotando de sus labios con vigor y esfuerzo de un latido de cordillera.

No hablemos de su efusión sentimental al conocer *Río*. Es indescriptible el encanto de la ciudad maravillosa. En ella se pierde como en un vértigo de luz y de color. Todos los poetas son sus amigos y él empieza a deletrear la armoniosa lengua portuguesa, en las estrofas llenas de calor o de *saudade* de esta *pléyade* de románticos del arte y de la amistad. Antes de que vaivenes de la vida política, lo arranquen de la esmeralda de esas playas inolvidables, publica su antología de "Poetas Brasileños" el año de 1922.

En el segundo semestre regresa a Lima. Ha de imponerse una tregua y un acercamiento, ya en esta madurez de quien llega a los cuarenta años. Vuelve a tiempo para presenciar y decir a su mensaje lírico en la coronación de José Santos Chocano, y escribe su "Poema de la Coronación" grávido de acentos épicos:

"Poeta de los trópicos, poeta de los Andes,
poeta de las selvas, hacia tí va mi voz,
que ante tu lírico tesoro se estremece
como el agua del lago del Inca bajo el fuego del Sol..."

En los primeros meses de 1923 se traslada a las punas ríspidas del Cerro de Pasco y conoce el rigor de las poblaciones mineras de la sierra del centro. Sus impresiones, algún tiempo después, han de perdurar vigorosamente en las páginas de su libro "Junín". En Octubre pasa a una sierra más benigna en el paisaje peruano, a las verdes campiñas de Arequipa. Es un compás de espera, de meditación y de trabajo silencioso.

Pero el destino del poeta era cambiar constantemente.

Luego de su regreso a Lima y de su fervorosa intervención en la campaña plebiscitaria de Tacna y Arica (5), en Noviembre de 1925 sus amigos dilectos reciben la noticia de su próxima partida. Nuevamente hacia el Atlántico, Río de Janeiro reclama una vez más, su sonrisa cordial, irónica, levemente desencantada. En esta nueva estada en el país ubérrimo, publica "Epopéia do Trópico" y en Mayo de 1926 cuando los intelectuales brasileros se enteran de su traslado a Montevideo, organizan para el poeta, su más cálido homenaje.

Siempre sobre el Atlántico, ahora frente a las soleadas playas uruguayas, el poeta se incorpora a la bohemia de las noches de Montevideo. Cuando aparecen sus nuevas obras, "Antipoemas" y "Odas Vulgares" (1927), toda la crítica uruguaya rivaliza en el elogio. Alfredo Mario Ferreyro escribe sobre "Antipoemas": "Se coloca don Enrique Bustamante y Ballivián con este libro, a la cabeza de los revolucionarios de la hora literaria actual. Su libro es audazmente libre. Y audazmente audaz..." (6). Concepto que confirmará el gran crítico español Benjamín Jarnés en "Revista de las Españas" cuando lo llama "Domesticador de la naturaleza brava, buen peluquero de toda greña sentimental...".

Alejado de su patria físicamente, se consuela con su cercanía espiritual. Constante correspondencia lo une con Mariátegui, con Basadre, con los poetas y los críticos peruanos. Recibe y difunde "Amauta" en el extranjero y hace llegar a manos de sus amigos lo mejor de lo publicado en el Perú.

Necesidades del servicio lo arrancan de Montevideo y determinan su regreso por tercera vez a La Paz. Su rango es de Ministro, y desde Diciembre de 1927 hasta Agosto de

(5) Ver "Variedades", 1º. de Agosto de 1925.

(6) "El Día" Montevideo 3 de Febrero de 1927.

1930, representa al Perú en la ciudad que tan bien conocía. A su llegada a Lima, luego de apartarse de la carrera diplomática, se dedica a publicar los que serían sus dos últimos libros, "Junín" y "9 poetas nuevos del Brasil" y a realizar el sueño de su vida: la formación de una editorial donde pudieran ver la luz obras peruanas.

A esta tarea dedica la etapa de su existencia que transcurre entre 1930 y 1937. En 1932, luego de un frustrado intento de publicar una revista de tipo moderno, en colaboración con Ricardo Vegas García, "Instantáneas", de la que sólo aparecieron dos números, se entrega de lleno a su labor de organizar las ediciones "Perú Actual" en donde aparecieron selectas obras de Ibero, Núñez, Belaúnde, Romero y otros más. Todo poeta joven concurría a la imprenta de Enrique Bustamante y encontraba en él maravilloso editor, pronto a solucionar el terrible problema planteado por un exceso de inspiración junto a una ausencia de dinero. Amigo de sus amigos, perennemente joven, enemigo de la solemnidad, cuando la Municipalidad de Lima, le encarga el discurso de homenaje a Yerovi, con motivo del 4.º Centenario de la fundación de la ciudad, dice frases de emocional sencillez y luego se disculpa: "Perdón señores—dice—por haber hablado tan en periodista...Pero el periodismo es así. Nos coge y nos deja, ni cuando hacemos cosas de encargo....".

Desde 1935 la salud de este *caballero de las letras* comenzó a decaer; su ironía era más honda, su aire un tanto melancólico se desdibujaba en las brumas del invierno limeño. Por una paradoja, abandonó la vida en un día de pleno sol. Era el 1.º de Febrero de 1937. Sobre su ausencia se dijeron frases justas y llenas de una cálida e insustituible amistad. Todas ellas hicieron resaltar una nota de su espíritu. Se recordaba en igual talla al hombre y al artista. Yo

no podría repetir todas ahora, pero sí quiero recordar algunos conceptos que Federico More, compañero de sus años mozos, expresara en esos momentos, con clara exactitud:

“Su cariño por las letras no reconoció limitaciones. Era tan grande su pasión por la palabra, que siempre fué sobrio en el hablar. Parecíale que la palabra emitida tenía algo sagrado de revelación. Su depuración estilística obedecía a una severa depuración espiritual. Vivió vigilando su sensibilidad, montando guardia en las austeras puertas de su espíritu. Fué riguroso centinela de sí mismo. La peregrina belleza de sus versos obedece a esa custodia inexorable... con la muerte de Bustamante, el Perú pierde el más seguro de sus orientadores artísticos...”

COMO SE FORMA “JARDINES”

“Contemporáneos” corresponde a la etapa de iniciación literaria de Enrique Bustamante. Año de 1909, que es el mismo en que compone sus “Jardines”, primicia de la aventura poética que recorrería a través de toda la vida. Asociado a Julio A. Hernández perduran ambos en su propósito de publicar quincenalmente una revista de arte y letras, que no signifique ningún estrecho programa de camarilla o grupo. Hay un propósito de renovación y de registrar las nuevas manifestaciones de la sensibilidad. El eclecticismo de sus intenciones se puede apreciar en el primer número, donde junto al poema “La Estatua” de Manuel G. Prada se publica una divagación sobre Zaratustra de Oscar Miró Quesada, versos de José Gálvez y un artículo sobre “Las Ideas Estéticas del Socialismo Contemporáneo” firmado por Juan Bautista de Lavalle. Tampoco falta la nota erudita, que es en este caso, la de Carlos Mackehenie, al tratar sobre un inédito sobre Diego Cristóbal Tupac Amaru. No cabría

señalar aquí minuciosamente el contenido de esta revista; quiero simplemente destacar cómo sus páginas acogían a los nuevos elementos: José Félix de la Puente en la novela y el cuento; Alberto J. Ureta en la poesía; Pedro S. Zulen en el ensayo; al mismo tiempo reconocía en Manuel González Prada, al hombre de una generación anterior, pero con espíritu constantemente nuevo; y simpatizaba con José Ma. Eguren por su sentido íntimo y su orgulloso desdén por el gran público.

Enrique Bustamante, su director, interviene en ella en doble forma: Con sus "Crónicas Sentimentales" firmadas con el seudónimo de Félix de Ayala, y con varios de sus primeros poemas, entre los que se destacan sus "Jardines".

Los "Jardines" se comienzan a escribir en Lima y se continúan en La Paz durante el viaje del poeta a Bolivia promediando el año de 1909. Inclusive, alguno de estos poemas (Jardines, VI) lo firma en "Vitor, tren a Arequipa" con una deliciosa sinceridad. Sobre un total de 24, Enrique Bustamante publica en "Contemporáneos" los poemas I, V, VI, VII, VIII, X y XI, casi una tercera parte del libro.

No obstante, uno no podría guiarse de lo publicado para juzgar el contenido de los "Jardines". Incansable descontento de su propio arte, el poeta pulió y transformó estas estrofas. Así el poema VI, en la versión definitiva que conservaba entre sus papeles inéditos, pierde la primera estrofa para comenzar donde dice:

"Jardines invernales, jardines de tristeza...."

En cambio en el poema V, la que desaparece es una de las estrofas intermedias; precisamente aquella que canta:

“Hay rosas en la espuma ¡qué tristes esas rosas!”

En otros poemas los escrúpulos del poeta son más leves. En el I, sustituye la palabra “triste” del segundo verso por “íntimo”, y queda así:

“ese silencio íntimo de todo lo que fué...”

Por último, algunos de los poemas publicados desaparecen totalmente; como ocurre con el VII:

“Las rosas de la nieve blanquean en la altura
de las altas montañas silentes y tranquilas...”

que en la selección inédita se encuentra sustituido por uno tan distinto en el tono, como el que a continuación transcribo:

“En este amargo ensueño inconsciente y doliente
en que vivo, no sé la causa de mi lloro.....”

Dotados de una neblina melancólica, los *jardines* corresponden a una etapa de la poesía de Bustamante que tiene, en parte, la dulce acogida de misterio y renunciación de Francis James, con notas románticas, pero de un romanticismo recatado y austero:

“¡Qué en el jardín amado descansen los mortales
restos de este triste soñador; y saber
que sobre mi sepulcro florecen los Rosales
ya que mis blancos sueños no podrán florecer”.

Este acento difícilmente lo repetirá el poeta en otras etapas de su vida. Muy pronto, aprenderá a ocultar su me-

lancolía bajo ese mundo convencional de todos los irónicos, y pulirá felices figuras para sus nuevos versos llenos del espíritu del humorismo de la poesía de hoy, de que habla Jean Epstein. Pero mientras tanto, quedan los "Jardines" como el libro que—¡quién sabe!—si más intensamente vivió Enrique Bustamante cuando su pasión por la poesía era total y desmedida, como son las pasiones a esa edad. Cuando cada poema era algo más que una obra de su amor por la belleza y nacía en ese impalpable, angustioso y acremente dulce destino de todo dolor y toda poesía.

No fué empresa frustrada "Contemporáneos". Se publicó desde el 1.º de Abril hasta el 16 de Setiembre de 1909 con un total de once números, lo que representa un esfuerzo titánico en nuestro medio, sobre todo si se tiene en cuenta que la publicación era quincenal. El poeta se alejó de Lima desde Mayo hasta Agosto de este año, es decir, presenció el nacimiento y la muerte de su querida revista. Pero su proyecto permaneció intacto. Algunos años después, en 1915, ha de repetir la empresa, esta vez, por azahares del destino mucho más breve, en las brillantes páginas de *Cultura*, que editó ya él sólo, alejado por circunstancias fortuitas del que debió ser compañero de ruta, Abraham Valdelomar.

Sólo aparecieron tres números de "Cultura": Junio, Julio y Agosto. Su presentación tipográfica era de más alta categoría que "Contemporáneos" y traía un moderno suplemento ilustrado. Pero la inquietud era la misma. Algún sesudo estudio, como el de Riva Agüero sobre Mexia de Fernanvil, podría haber acentuado un tinte académico, pero siempre permanecía alerta la preocupación de lo actual, y un artículo de González Prada sobre "Los Viejos" en su número inicial, nos persuade de que el genio no había variado.

Aunque breve su derrotero, no por ello es infecundo.

La incipiente preocupación por lo peruano queda retratada en una página de José Gálvez sobre la "Posibilidad de una Literatura Nacional" (tema de su tesis universitaria); el sentido de renovación en nuestras normas jurídicas se refleja en el proyecto de Juan Baustista de Lavalle sobre la Propiedad Literaria y Artística en el Perú; el gusto por el arte francés, en pulcros sonetos de Enrique A. Carrillo; y el interés por lo universal surgían en todos los ángulos de estas páginas llenas de perenne y cálida inquietud por lo bello, y por lo que significara una leal emoción por el arte nuevo en todas sus formas.

LA DISTANCIA Y SU MUNDO

"Minuetos y Tapices" es en la producción poética de Enrique Bustamante, el libro que pudo ser. Los mejores años, aquellos en que sentía vibrar dentro de sí la dulce angustia de la inspiración naciente; cuando veía crecer entre sus vigiliass y sus sueños, como una escena maravillosa, su destino de poeta, pulía entre el regocijo de la mesa del periodista, o la aventura nocharniiega de bohemio, las primeras estrofas de su lírica.

Nostálgico, de una existencia de aristocrática medida en el ademán espiritual, el título del libro que ansiaba publicar quedó perennizado en su visión de magníficas y nobles decoraciones, ornando una mansión llena de señorío y prestancia. Ese perfil de caballero antañón que fué nota característica de su personalidad física, cabe dentro del marco de estos versos antiguos. Es el año de 1911 en la imaginación del artista. La creación afiebrada y constante, trasciende a las páginas de diarios y revistas decorados por muchos de estos *minuetos* y *tapices*. Su afán de evasión se realiza en una golosa descripción del paisaje (¿cercanamente cierto, lejána-

mente entresonado?), pero fiel en la dulce melodía de esta página:

“Más allá del paisaje
las nubes lejanas
cubiertas de encaje
bailaban pавanas....”

(Minueto I)

Los cuatro primeros versos podrían haber sido firmados por José Ma. Eguren, en esos momentos, dilecto, frágil, callado, irónico y desdeñoso compañero del poeta. Eran los días cuando en la poesía de Bustamante, rasgos de fino modernismo rubendariano, desaparecían entre una fluída musicalidad simbolista, común al selectísimo y breve grupo que leía y releía a los franceses en apartamento avaricioso. Notas de tenue color, como acuarelas de aladas sutilezas cromáticas, visten la idea lírica:

“El viento en la blonda
arboleda ritmaba
una honda
canción que lloraba.
La fronda
era rubia
en el gris de la lluvia....”

(Minueto II)

En un subtítulo, casi como anotación de *salmo*, el poeta indica su condición de *balada*. En verdad que un espíritu nórdico flota en muchos de sus temas, como en los de Eguren, con la diferencia de que Eguren persiste en esa geogra-

fia, mientras Bustamante es inquieto viajero de constante versatilidad.

Habla de “las pавanas”, de “la breve mano ducal”, de “un país de porcelana”; del “abanico de encaje” y en el Minueto VII piensa en un “escorzo Watteau”. Ansía, siempre, los silenciosos movimientos de su “Versalles melancólico”,

— de una fiesta de caza: la visión de arboleda
los ágiles lebreles, el corcel trotador....”

con los tonos imponderables del tapíz del ancho salón de un castillo vetusto ¡Cuánto habría gozado el poeta recorriendo Francia, si la vida no le hubiera impuesto otras rutas! ¡Con qué admirable delectación habría sabido apurar los momentos de su presente y el aliento de los recuerdos viejísimos! Allí mismo ansiaba la aventura imposible, con graves tono medioevales:

“... a lucir en la tarde.—Llegó tu caballero
Brunilda, flor de nieve en un país del Norte.
—Hasta la luz temprana del matinal lucero
han de durar las fiestas nupciales de la corte....”

(Tapíz Nórdico)

Tal vez si el poeta personificaba en Brunilda su idea del arte. Para él la poesía era una “flor de nieve en un país del Norte” y sus desposorios con ella gozaban del rito tembloroso y perenne de la noche.

LA OBRA PRIMIGENIA

Un breviario de sonetos abre la sugestión de sus estrofas en las páginas de “Elogios”. Sobre el año de 1910, ya el

poeta cuenta con la experiencia de "Contemporáneos" y no obstante, en las páginas de su revista, no se encuentran huellas de esta obra pulida en un apartado recogimiento.

La primera nota que se observa en "Elogios" es la unidad. Una sutil vertebración espiritual enlaza los 48 sonetos iniciales y los 6 últimos poemas donde, con gran libertad métrica, convoca los pentasílabos junto a los endecasílabos y aún a versos mayores. El signo parnasiano preside el desenvolvimiento lírico de estos bajorelieves armoniosos e intactos ante el tiempo, irizando la blancura de sus mármoles, bajo una vaga luz lunar.

La figura de la mujer es la cifra emocional de estos sonetos que "Elogian el Alma, la Carne, la Virginidad y la Lujuria". El poeta no está muy seguro de ser comprendido, y una innata rebeldía lo empuja a proclamar desafiadoramente: "Arrojo a los cerdos este ramo de rosas".

Fuera de la masa verbal acabada y perfecta de sus sonetos, el poeta incluye en su libro un "Elogio de la Raza" y 6 elogios finales. A ellos quiero referirme pues ofrecen interesante material para el conocimiento de las influencias entre las que se desenvuelve su creación. El primero de estos últimos poemas es sobre el "As de Oros" y nos trae a la memoria algún poema de José Ma. Eguren. Asociación que brota, por simple contacto de análogas sensaciones que plácidamente se relacionan. Así como escuchando en un recital, cierto día, "Pavana para una infanta difunta" de Ravel, nos acordamos inmediatamente de uno de los más conocidos poemas de Eguren (7); así al empezar a leer aquellos versos de Bustamante:

"Oficiando como obispo un As de Copas'
ha pasado regiamente

(7) "La Prensa".—(La Noeión de la Música) 26 de Abril de 1942.

bajo el palio que conducen
los brillantes caballeros
de los Oros y las Copas, las Espadas y los Bastos;
y el As de Oros es la hostia
que en sus manos va llevada
y que fulge como un Sol...”

hemos evocado gratamente aquellos otros de Eguren, afines
en el ritmo y en la atmósfera de entresueño, que dicen:

Suena trompa del infante con aguda melodía....
la farándula ha llegado de la reina Fantasía...”

Hace igualmente el elogio de Hamlet y de Don Quijote.
Aquel tuvo su mal en

“ser estrella y lodo
ser cumbre y ser abismo”

El otro, en cambio, en su mundo divino y absurdo ha
vencido soñando, y el poeta le dice:

“eres un sueño que vive en la Historia
dominador del olvido”.

El elogio de la mujer en los sonetos tiene, a veces, sensualidades de escultor; otras en cambio, aprisiona las figuras en una sólo frase magnífica, como aquella en que expresa:

“Eres hermosa como una forma suprema
de la vida.....”

Sueña con las armoniosas formas de Grecia, y también
con la gracia extraña y medioeval de los viejos claustros.

El Greco o Rossetti podrían suministrar perfiles o escorzos a esta imaginación impaciente y ávida de líneas y colores, para lograr su eternamente cambiante retrato de la mujer.

“La Evocadora” aparece el año 1913. El poeta la subtitula “divagación ideológica”. Nosotros leyéndola pensamos que bien podría haber sido llamada “Divagación estética”, por quién en esos momentos exhibía una posición tan singular frente a la poesía. Hermanados en esta dulce pasión por el verso puro con José Ma. Eguren, no nos extraña que la dedicatoria de estas prosas poemáticas esté dirigida a él. En pulcra edición dirigida con cariño de artista, estampa las frases de una dedicatoria extrañamente atormentada:

Tú —le dice a José Ma. Eguren— que conoces el secreto de estas páginas, verás en ellas, ya que también sabes el de mi alma, muchos puntos verdaderos de una línea que ignoro en qué momento, ni en qué lejanía llenará su viaje interminable”.

A través de estas páginas admiramos las predilecciones literarias del poeta: “¡Los paisajes íntimos de Laforgue! ¡Verlaine, con la melancolía gris de los parques ingleses en los que *canta la lluvia para su corazón que se hastía!* El paisaje de lo desconocido en Maeterlinck, con las arboledas y los estanques en la angustia del trágico cotidiano, en la claridad de los días y en la nocturna quietud de la sombra. Y D’Annunzio con la sequedad de los campos áridos, estremecidos por el ambiente doloroso de la *Cita Morta*, y los paisajes espirituales en que las *Virgenes de las Rocas* ponen la fatalidad de su misterio, en la solemnidad suntuosa de las praderas romanas”.

¿Acaso Enrique Bustamante como Valdelomar no eran *D’Annunzianos*, no se sentían invadidos de la candente luz crepuscular del autor de la Ciudad Muerta?

En la última página de “La Evocadora” el poeta anota-

ba sus proyectos futuros: Allí aparece el libro que siempre quedó inédito: "Minuetos y Tapices"; el libro que se publicó: "Odas Vulgares"; y también el libro desconocido y misterioso —ese que se pierde en el secreto de su propia intimidad—, el libro que pudo ser y debió llamarse "Prosas Heráldicas". Estas prosas anunciadas y muertas antes de nacer, debieron poseer el mismo espíritu de la evocadora en ansia de perdurar en su rango y señorío.

En un período relativamente corto se suceden las tres obras. A "Elogios" (1910), sigue "La Evocadora" en 1913 y dos años después "Arias de Silencio". Siempre, y apartándose de una costumbre admitida, nuestro poeta era un obsesionado de la unidad lírica de su obra. Por ello "Arias de Silencio" se presenta como una *suite* de motivos líricos, con un mismo tenue espíritu musical. Canciones de tono menor, *baladas* para ser cantadas a media voz, en el recatado silencio de una tarde invernal, son estos breves poemas. Hay decoro y castidad en el lenguaje, libre de la sensualidad, presente con frecuencia, en las estrofas de los "Elogios".

La mujer es aquí solamente la voz, o la sonrisa, o un casi imperceptible perfume que se queda flotando en la estancia. Una suave melancolía tiene esa pena grande, esa incon-fesada angustia que está en todas las cosas, pero que no se nombra. El mismo desgarramiento a la sordina que observamos en Rilke. El poeta lo disimula discretamente dibujando una figura de humo, impersonal, pero dulce como una melodía:

"Claridad de tu sonrisa
y agua tranquila en tus ojos...."

Los versos son de una naturalidad llena de emoción. Diálogo cercanamente sencillo, a flor de labios:

Ha llegado la primavera
a tu jardín interior.
Ya floreció la primera
rosa roja de tu amor....”

que goza de la ternura del *ritornello*:

“ha llegado la primavera
a tu jardín interior....

a la misma manera de la pensativa claridad de algunas baladas de Alberto Ureta:

“En la pobre alma arrasada
ya no florecen las flores....”

ó

“Pobre amor no lo despiertes
que se ha quedado dormido....”

versos que un día Alfonso de Silva llevó en alas de un estremecido *lied*.

En “Arias de Silencio” encontramos la gran nota de intimidad del poeta. Muy pronto otras inquietudes humanas le impondrán un paréntesis, y el día en que vuelve al fragil campo de las musas, su inspiración ha de ser muy distinta y extrañará la delicadeza de madrigal que labra la clara cera de estos versos.

“Antipoemas” y “Odas Vulgares”

Viviendo en Montevideo, Enrique Bustamante hace imprimir sus “Antipoemas” en Buenos Aires, quizás con la amistosa colaboración de Alberto Hidalgo, vinculado a la

sociedad de publicaciones "El Inca". Es el año de 1927 cuando aparece "Antipoemas" en una orilla del Plata, y en la otra, en Montevideo, ve la luz la obra de su dilecto amigo, el imponderable Alfredo Mario Ferreiro, titulada "El Hombre que se Comió un Autobús".

Muchos puntos de contacto existían entre Ferreiro y Bustamante: Su aristocracia intelectual, su sentido de lo nuevo, su exquisita sensibilidad, su irrenunciable humorismo. En la poesía comparten ambos su predilección por las imágenes audaces; por las pinturas esquemáticas; por la filosofía un poco amarga de las realidades cercanas. Ferreiro escribe "La Ronda de los Palos". con un magnífico corte moderno:

"Tomados de la mano
en ronda interminable,
por sobre las ciudades y los campos
los postes telefónicos
danzan
la esquelética danza del zumbido...."

que corresponde al poema "El Poste", donde Enrique Bustamante descubre el perfil nazareno de estos viejos soportes del telégrafo:

"Negro, largo,
solo en la cumbre,
colgado de los alambres
está el poste
del telégrafo".

(Antipoemas)

El tema mecánico conjura también la atención de ambos poetas; Ferreiro habla de "El dolor de ser Ford":

“¡Qué dolor debe dar
siempre ser Ford!

.....
Ser Ford,
Ser siempre de hojalata.

Y que todos digan
—Ahí va un Ford.
como quien dice:
—Ahí va un cualquiera....”

Esta melancolía del auto humilde desaparece en Bustamante, para trocarse en la descripción colorista del “Nocturno del Auto”:

“A 150 kilómetros
el 200 H. P.
va empujando en la noche
el triángulo de luz
cuyo vértice se incrusta
en el radiador....”

y compara su perfil con el de un ave “de alas rodantes de caucho”.

Alfredo Mario Ferreiro, al fin porteño, dedica varias páginas de su libro al tema marino, mejor dicho marinero. Hay poemas al “Heroísmo del marinero que se despereza”; a las boyas que “son estrellas que se están bañando con mameucos de hierro muy descotados”; a los “Güinches amables”; a los barcos; al terror de la lanchita que sale mar afuera “presurosa poniéndose un delantal de espuma”.

En cambio, Enrique Bustamante revive en la lejanía de la patria predilecta, muchos de sus paisajes; costa o sierra, punas ríspidas o amenos atardeceres, surgen nítidos en

el recuerdo. Como Valdelomar que escribe los cuentos de su terruño, durante su permanencia en Italia; así el poeta frente al Atlántico, tiene la nostalgia, de muchas visiones de su adolescencia bajo el cielo peruano.

En "Antipoemas" habla de los árboles que cansados de caminar contra el río, "se han detenido a refrescarse los pies en el agua". Surge luego:

(que) "La pampa arenosa
de mil ojos radiantes
desde los andes se ha extendido
para llegar al mar....."

Pero sus playas no son de barcos, sino dulces playas aldeanas, donde viven su existencia recóndita esos hombres misteriosos que son los pescadores. Evocaciones de sus paseos por la campiña y el litoral impregnan de una pena suave su inspiración. Dialoga con las nubes que

"Estaban tan cansadas de viajar
así locamente.
Sin libros y sin maletas,
sin prismáticos
y sin kodak,
sin sleepings
ni trasatlántico,
ni viajeras románticas
de esas que tienen un amor para cada viaje....."

Este trazo humorístico es frecuente en la pintura de sus cuadros. En su poema *Puna*, cuenta que

“Para abrigarse del frío de esta altura
donde hasta el Sol se ha helado,
el monte ha metido su cabeza blanca
en el pesado pocho
de las nubes”.

Otras veces la emoción o la ternura lo ganan, a pesar suyo, como cuando logra esta acuarela del atardecer:

“La campiña
temblorosa de eternidad ante la noche
se refresca en el viento y en el río.
Y perfumada de fragancias ingenuas
espera algo que siempre es esperado.....”

El mismo año de 1927, en las prensas uruguayas de la magnífica revista “La Cruz del Sur”, se editan las “Odas Vulgares”. Es en verdad audaz su gesto de presentar a la crítica, por la misma época dos libros de poemas tan dispares. Las “Odas Vulgares” habían sido compuestas quince años atrás, durante sus veladas limeñas, y varias de ellas habían visto la luz en las páginas de los diarios o revistas de la Capital. Es tan sensible la distancia, que el poeta se cree obligado a hacer una declaración inicial:

“En antiguos días nació este libro —dice refiriéndose a “Odas Vulgares” —. Era cuando la poesía ignoraba la virtualidad del humorismo y del movimiento cuando el arte no se había deshumanizado”. Y a continuación cuenta cómo su publicación obedece al gesto fraternal del grupo uruguayo de la “Cruz del Sur” que “ha tendido la mano a estos poemas que dormían en la noche olvidada de mis papeles”. En el colofón indica que fueron escritos “en Lima, en los años de 1912 y 1913....”

El volumen está compuesto de diez extensos poemas dialogados que se distribuyen en tres coloquios: el *Coloquio de las Bestias*, el *Coloquio de los Hombres* y el *Coloquio de la Noche*. Un fondo alegórico que se destaca en una bruma de sueño o de leyenda comparte sus preeminencias con una grávida línea filosófica.

La naturaleza expresa su drama a través de estos versos. En el *Coloquio de las Bestias*, desfilan sucesivamente los bueyes, los asnos, los perros y los gallos. En el primer poema, las figuras de los bueyes recortan sus relieves como en un friso helénico. *La voz* los va nombrando y describiendo; ellos cumplen su sagrada labor de preparar la tierra para la semilla fecundante y cuando *la voz* los conmina, responden:

“Llevan en sí todas las cosas una enseñanza
las palabras pretenden copiar esa sabiduría
en vanos símbolos cuya esencia no alcanza
a compenetrarse con la eterna armonía.....”

Los asnos representan la humildad y el fatalismo. *Los perros* surgen en la noche y niegan la claridad. Hay un anatema contra ellos. Dice *la voz*:

“Mañana llegarán otros viajeros
en pos de una dicha lejana o perdida,
vosotros ladraréis en su sendero
y desgarraréis su vida.....”

El *Coloquio de los Hombres* se resuelve en un sentido aún más simbólico. Hay tres diálogos: el de *las madres*, el de *los trabajadores* y el de *los muertos*. Es casi el sentido de la existencia y su inexorable y trágico destino. Las madres

como podrían haberlo hecho en un drama de Andreiew ingresan al poema mientras los niños duermen y hay un acompasado ritmo en el movimiento de las cunas. *La voz* habla sobre la vida y sus caminos. *Las madres* protestan:

“¡Callad! No turbéis su alegría,
Vuestras palabras pueden llegar a su ignorancia
y abrir a la melancolía
el sueño de la infancia.....”

la protesta es estéril. Muy pronto *La Voz* encontrará a *las madres* en su destino de soledad, abandonadas por los hijos a quienes la vida ha solicitado irrenunciablemente.

El poema de los trabajadores tiene otra tónica. Allí descubrimos ideas que vinculan a Enrique Bustamante con las más recientes preocupaciones sociales. En época en que el Perú no estaba urgido por una directa consciencia de clase, el poeta dedica su mejor canto al trabajo y reconoce que:

“Es su acción conglomerada, como la marea
de un viviente mar.....”

Asigna a los trabajadores con certera visión, su destino, proyectado hacia el futuro y dice:

¡Obreros, parabólica fuente que va
a unir el pasado
con la ribera que siempre, siempre se aleja al más allá”.

y termina el canto con una declaración:

“¡Obreros, dadme vuestros brazos potentes,
unídme a sus grandes cadenas
que oprimen mares y continentes,

haced que en ellos tome impulso la canción
y que firme en la tierra por ellos fecunda
se levante a los cielos, enarcada
en la gran curva de la suprema realización.”

No es todavía el canto social, ni la protesta encendida, pero su tono es jubiloso y certero. Es la intuición de su destino y de la emoción de nuestros días.

El *Coloquio de la noche*, que se resuelve en tres diálogos: *La Noche en el Campo*, *La Noche en la Ciudad* y *la Noche en los Cielos* tiene, más bien, un sentido augural; obedece a una forma literaria que vincula a Enrique Bustamante, con una poesía cósmica.

POETA EN EL BRASIL

Fueron los años de 1921 a 1922 y de 1925 a 1926 los que Enrique Bustamante vivió en tierras del Brasil, el país alucinante que Stefan Sweig ha immortalizado en páginas imperecederas. El encanto maravilloso de *Río*, cantado y recantado por todos los poetas, hace raíz en su alma. *Río* es la *ciudad novia* para el que llega a sus playas y nadie escapará al dulce peligro de enamorarse de ella. La naturaleza del Brasil vibra con intensidad en el espíritu del poeta; la amistad turbulenta y generosa de sus gentes llega muy hondo a su sensibilidad. Bustamante será amigo de todo el que escribe; todos, poetas, críticos, novelistas, obreros del periodismo tienen en su figura la imagen de un caballero español docto en el decir y sabio en las lides de la cordialidad, que no viene de la península sino de las costas americanas del Pacífico. Portador de un cargo diplomático, no se deja ganar por el exterior bullicioso de los salones mundanos, ni por la protocolar etiqueta de las actividades sociales. Entra

en un constante y emocionado contacto con la vida espiritual del país; estudia su cultura; se acerca a sus escritores representativos; indaga por las proyecciones llenas de roja vitalidad de su sangre. Lee, medita, traduce, compone. Así es como surgen las estrofas de su "Epopoia do Tropicó" que intitula "poema do Rio de Janeiro" publicado el año de 1926, en edición bilingüe, donde figuran la versión al portugués hecha por su fraternal amigo el poeta Silva Lobato, y el original castellano.

En el pórtico Silva Lobato escribe su palabra encendida:

Poeta hermano, saludo
tu extraña melodía
y tu tierra armoniosa.....

Leyendo los versos de Bustamante he recorrido, hace ya algunos años, las maravillosas playas de *Río*; he seguido su emoción por la carretera zigzagueante, presta a entregarnos esa su sierra amable que es la selva misma; y he podido detenerme en la serenidad de los atardeceres y saludar la alegría del sol matinal, como en el elogio del poeta:

A tí que eres' ciudad y puerto
repose a la sombra de palmeras,
ensueño, interna lumbre,
yo te recojo en tí misma
hasta bajo la risa y la danza....."

y más adelante:

Cómo sabe su canción a selva
a río, a lluvia y a sol
cómo es deseo y llanto

y es caricia y es danza,
y lentitud de espera
y vértigo en movimiento y en color,
y angustia de celos,
y dulzura de fado
a cuya voz ingenua
el fuego del trópico
diera hondo y fuerte acento pasional!.....”

La visión de *Río* es una visión dorada. Un oro antiguo, lleno de prestancia y dignidad la viste y la hace inolvidable:

Oh aérea ciudad que en la memoria
vibras como una canción,
y llenas el alma y los ojos tanto,
que hasta la mano siente que te va a tocar..”

Paseando por los alrededores de Río, con la alta poetisa brasileña Cecilia Meirelles, muchas veces recordamos la emoción del poeta muerto que tanto quiso y amó a la ciudad que es como él decía, “clara por el cielo, rumorosa por el marino cantar”. «Jorge Puccinelli Converso»

De su generosa y cordial atención de difundir los valores de la literatura brasileña quedan, como prueba, dos libros de Enrique Bustamante. Su Antología de “Poetas Brasileños” publicada en Río de Janeiro el año de 1922, y su obra “9 poetas nuevos del Brasil” editada en 1930 a su regreso a Lima, regreso definitivo para su alma de viajero que ya no tuvo oportunidad para enclavarse, una vez más, en nuevos panoramas.

El primero de los libros incluye composiciones de diferentes escuelas. El autor anota en la portada, que en el volumen figuran “Románticos, Parnasianos, Simbolistas; regio-

nales y poetas nuevos". Cada una de las composiciones traducida al castellano por él se encuentra precedida por una nota bio-crítica. Por estas páginas desfilan altas figuras del mundo literario brasileño: Gonzalves Dias, Alvarez de Azevedo, Machado de Assis, Raymundo Correa, Mario Pederneiras, Alphonsus de Guimaraes, Catulo Cearense, Ricardo Gonzalves, Manuel Bandeira, Guillermo de Almeida, Murillo Araujo, Sylvio Julio, Gilka Machado, Ribeiro Couto, entre otros. La obra está provista de un pequeño vocabulario y de una guía bibliográfica que facilita el mejor conocimiento de la literatura brasileña.

La segunda publicada ya en Lima, es una *saudade* de los amigos poetas dejados en las costas del Atlántico. Pero leal con su propia tierra edita simultáneamente su libro "Junín", con los más acendrados acentos vernáculos, y su antología destinada a poner en relieve las más destacadas figuras del movimiento poético contemporáneo en las tierras que había conocido y amado.

En "9 poetas nuevos del Brasil" traduce y comenta a Guillermo de Almeida, Mario de Andrade, Manuel Bandeira, Ronald de Carvalho, Gilka Machado, Cecilia Meirelles, Ribeiro Couto, Murillo Araujo y Tasso de Silveira. Seis de ellos ya habían sido traducidos en la antología del año 1922; Mario de Andrade, Cecilia Meirelles y Tasso de Silveira, representaban voces novísimas vinculadas al movimiento de la magnífica revista "Festa".

En la Nota Preliminar, de esta última obra, Enrique Bustamante conversa como quisiera hoy día hacerlo yo a través de su espíritu ático, sobre el destino de la poesía. Afirma su eternidad con las palabras más simples: "Poesía y nada más. Pura poesía que no es lo mismo que la poesía pura del buen abate Bremond". Luego revela el corazón de las



poetisas y el designio de los hombres. Los juzga, no dentro de los límites de su país, sino en el gran recinto americano.

Tendría que hacer un catálogo especial para recordar los múltiples elogios que, de la crítica brasileña, recibió nuestro poeta. Las columnas de "Journal do Brasil", "O Imparcial", "Jornal do Comercio", "O Norte", "Correio de Manha", "A Noite" y "O Globo" acogieron palabras llenas de afectuosa cordialidad hacia su persona y hacia su labor. Y entre otros, Tasso de Silveira, le escribía en Diciembre de 1922: "Cuanto le agradezco la publicación de mi humilde poema, transfigurado a través de su traducción...."

EL CARINO Y LA TIERRA

Podría ser una coincidencia, pero también es un símbolo que "Junín" fuera la última de las obras del poeta. Significa el respeto y el tributo a la tierra cercana, a la intimidad del Perú mismo que vive en sus cordilleras vertebrales. De regreso del extranjero, el poeta publica simultáneamente dos libros. Uno de ellos es el testimonio de la amistad que vence, lima, desdibuja fronteras. Gran diplomático del espíritu, al publicar sus "9 poetas nuevos del Brasil" crea una invisible y cálida alianza entre las esferas intelectuales de los dos pueblos. Pero no es un tráfuga de su propio paisaje. La ausencia de la tierra peruana ha afinado más en su espíritu una emoción perdurable, de años atrás, de cuando vaivenes de la vida lo llevaron a trasladar sus inquietudes andariegas a los ríscos abismos de las cordilleras andinas. El año de 1930, su libro "Junín" lanza su mensaje, con acento propio, inconfundible, apasionado, esencial

Como eco insospechable de haber llegado a la misma médula de su decisión vernacular, se elevan las voces de Gamaliel Churata, y César Atahualpa Rodríguez, en el ex-

tremo sur del Perú, cholos y poetas ambos que reconocen una sangre común que recorre las arterias de estos versos. Poeta puro —como lo fué Vallejo— Enrique Bustamante y Ballivián no niega lo universal para acercarse a lo autóctono, sino en el trasfondo del alma indígena descubre el mito y la angustia de la humanidad. Su visión de los Andes es con frecuencia angulosa y agreste, y por eso César Atahualpa Rodríguez escribe a propósito de “Junín”: “Si se pudiera exprimir sus poemas no caería ni una sóla gota de sentimentalismo, que es la saliva trágica de los brutos”. (8).

¿Podríamos encontrar algún antecedente a “Junín”, dentro de la misma actitud estética del poeta? Tendríamos que remontarnos dos lustros atrás y trasladarnos a tierras del altiplano. Estamos en La Paz, año de 1920. El poeta prepara un libro para sus amigos de Bolivia. El título que acoge a los poemas es muy significativo; se llama “Autóctonas” y entre paréntesis añade (Odas Americanas).

Este libro tiene un sentido de reflexión y de síntesis. A la preocupación por la historia y la tierra que se acentúa en poemas como “El Alba” de clásica armonía metafísica y “El Lago” que encuentra su definición en una bella leyenda mitológica, o “Kori-Occho” lírico romance de dos rosas; se añade la policroma visión del paisaje andino de “El Cóndor”, “El Puma” y de esa idílica “Mañana Campesina” cuya primera estrofa quiero recordar ahora

En esta paz del campo, buena para el olvido
me asalta más que nunca tu recuerdo constante,
y quisiera tenerte tan cerca que a tu oído
hablara la voz trémula del corazón amante.

(8) “La Prensa”, 2 de Noviembre de 1930.

que posee esa misma acesante y angustiada voz del amor de tantos poemas de los "Heraldos Negros" del gran poeta peruano César Vallejo.

A las páginas que he citado y a otra muchas más, hay que añadir los versos que el poeta escribiera en Cuba, en plena juventud y que trajeron a él la dulce miel del triunfo. Un descanso y una meditación en el sendero; recuento de parajes recorridos; unciosa oración sobre el paisaje, es "Autóctonas" hermana mayor de "Junín"; flecha en la ruta; intención hacia el futuro.

"Junín" es un canto no a un Perú retrospectivo, sino a un Perú nuevo. No es una elegía, sino un alegato. Sus seres no transitan por el mundo ideal, sino tienen la áspera marca del dolor del pan de todos los días. La dedicatoria del libro constituye, de por sí, su poema máspreciado:

"A *Junín*, campo y mina, cumbre y socavón, hombre y máquina; alta tierra generosa cuyo color se prendió a mis pupilas y cuyo recuerdo emocionado vive en mí como una canción".

El poeta opone desde el umbral de su poemario los dos mundos: el mundo mecánico y el de la naturaleza. Así lo afirma en su "Pregón Lírico" donde desde la primera línea surge el contraste:

Nieves, quebradas, selvas, humos asfixiantes, cumbres que se empinan con sus cabezas blancas".

"Metales escondidos manos que lo buscan, indios silenciosos, y yanquis que en estas oquedades sin ley seca, están un poco morados de alcohol, de soroche y de optimismo"

Este vigor, esta visión agonista del paisaje de las altas sierrras no es, en ningún momento, una negación lírica. Como nunca, el poeta dice el madrigal campestre en su más exacta ternura. Sobre los campanarios, las tejas y las ex-

trañas flores andinas, tan del arte maravilloso de Julia Co-
desido, se elevan estos puros acentos, cantando al amanecer:

“Trina el silencio,
trina el aire,
y trina la sombra estremecida
por la luz que la despierta
y de nuevo
le hace abrir los ojos
para el claro milagro.
Lenta, sobre los altos picos
abrigados todavía por la levedad de la niebla
aparece la luz.....”

Y luego la canción india, cuya melodía aprisiona la an-
gustia del alma en estas soledades de tremendo desamparo.
Pero hay una grávida ternura, en estas “Quenas” para las
que Sánchez Málaga compuso una hermosa página de mú-
sica campesina. Como en los cantares antiguos recogidos
por los cronistas; como en los tonos acongojados del yaraví
de Melgar, la paloma deja su gracia rural, en los ritmos na-
cidos en un corazón apasionado y primitivo:»

“Palomita de nieve
sin sol
quien te hiciera
rosada de amor.
Palomita blanca
como el nevado
como él das sombra
y viertes luz.

Luz de deseos
a quien te mira

noche de penas
a quien te amó.....”

El poeta pone la misma pasión en cantar al panorama gris de las poblaciones mineras —La Oroya y Cerro de Pasco— que la virgiliana alegría de los trigales. Habla de ciudades como Huancayo, que llama “puerto de punta de rieles” y describe sabrosamente el río que

“se hincha como fruto
y su cauce revienta
chorreando espumas turbias”.

La máquina frente al hombre y su paisaje, es la preocupación fundamental del poeta. El hombre no sólo en su libertad campestre, sino en la esclavitud de los socavones mineros.

“Y, abajo —dice— los Andes, la máquina y el indio; dos fuerzas que se entregan y una que no deja de girar”.

Entre su labor posible quedó una novela comenzada, un puñado de crónicas “Cromos del Antiguo Barrio” (El Farolero”, “Los techos”, “No Paulino”), cuentos que oscilaban entre lo ingenuo y lo dramático “El Dios Niño” (publicado en Mundial) y “La Muerte” (publicado en Variedades); su placer de traductor, ya del francés “Final” de Paul Gerald, (publicado en Variedades) o sus constantes y magníficas traducciones del portugués y dos libros de versos: uno de juventud y otro de suave color madrigalesco, de sus años maduros.

No hablemos de su entusiasta y abnegada labor de periodista, a la que dedicó lo mejor de sus energías. No corresponde a este momento analizar todo ello. Quiero, sí, recordar uno de los poemas inconclusos que he encontrado al des-

truir con mi curiosidad afectuosa, el mundo secreto de sus papeles inéditos. En las tres estrofas que voy a citar creo descubrir la más sincera confesión de su actitud ante la vida, un poco escéptica, melancólica y desencantada, pero con esa extraña alegría del que sabe también el frío tajante y hondo de las angustias que no se explican pero que viven clavadas en el corazón. Dice el poeta:

“Todos los bienes, la vida
me los dejó por acaso
y en pos de la única herida
fué siempre firme mi paso.

Si lo que busqué en la vida
tornó dolor el encanto
¿por qué renovar la herida
que por dulce duele tanto....?”

Si el gozo viene al acaso
hay que vivir en espera,
reposando en el regazo
tranquilo de la quimera.”

Hay hondura y hay callada tristeza en sus palabras. La vida del poeta transcurrió en esa magnífica espera de que habla en sus versos, y cuando tuvo la sensación de que su quimera había llegado, fué porque también había llegado la muerte, con la dulce serenidad de lo definitivo y de lo eterno.

LUIS FABIO XAMMAR.
